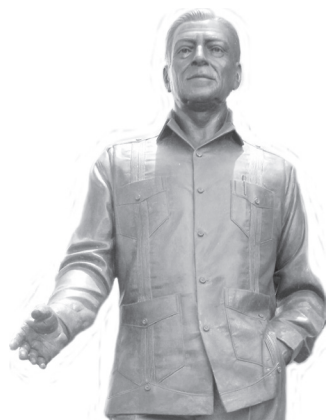




**Don Pedro
"El Santo"**

(15 de febrero de 1959)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



Ágora

VIÑETAS DE LA PROVINCIA ► 4

2602

DOMINGO 26 DE JULIO DE 2020

El problema del caballo,
obra de Claudia Fontes.



ESCRIBEN: Salvador Velazco, Eréndira Cortés, Miguel León, Yunuén Cuevas, Ramón Moreno,
Norma Navarrete, Herles Velasco, Noé Sampetro y Carlos *Caco* Ceballos.



A las nueve en punto

El tercer hombre

Salvador Velazco

Era en julio de 2016 cuando llegué de noche a Viena, una ciudad que goza de gran reputación en el mundo por su cultura, el vals, la ópera y el teatro. Me hospedé en un pequeño hotel en el casco antiguo, muy cerca de una imponente construcción gótica que es un emblema de la ciudad, la catedral de San Esteban. Aunque era ya un poco tarde, decidí salir a caminar por las calles del centro histórico a media luz y prácticamente solitarias. Entonces, se me vino a la mente el recuerdo de una de mis películas favoritas de cine negro, *El tercer hombre*, dirigida por Carol Reed, con guion de Graham Greene. Imaginé, de pronto, que veía correr por esos callejones a Harry Lime (el gran Orson Welles) huyendo de la policía. Era inevitable: Viena está asociada a esta película clásica británica de 1949 –ganadora en el festival de Cannes– que ofrece una mirada a la ciudad poco después de la Segunda Guerra Mundial. Si Viena es la ciudad de Gustav Klimt o de Sigmund Freud es, asimismo, la ciudad de Harry Lime, contrabandista de penicilina.

El tercer hombre retrata una ciudad cubierta de escombros por el bombardeo de los Aliados, dividida en cuatro sectores (soviético, norteamericano, británico y francés), a la que llega Holly Martins (Joseph Cotten), un escritor estadounidense de novelas del oeste *pulp*, para buscar a su amigo Harry Lime, sin saber que este se dedicaba a vender penicilina adulterada en el mercado negro. Aun más: Martins, intrigado por la súbita y misteriosa muerte de Lime el mismo día de su llegada, va a penetrar en el lado oscuro de la ciudad para indagar los pormenores de la desaparición de su amigo. De esta manera, me parecía seguir los pasos de Martins en esa Viena de la postguerra, de calles con adoquines mojados y edificios en ruinas, de cafés románticos y bares de mala muerte.

Caminando por una plaza poco iluminada reviví una de las secuencias icónicas del filme. La noche en que Martins descubre que su gran amigo había fingido su muerte para escapar de la persecución de la policía. Al salir del apartamento de Anna Schmidt (personaje interpretado por la italiana Alida Valli), la novia del traficante, Martins cree ver la silueta de un hombre en uno de los pórticos de un edificio. La oscuridad impide que se vea su rostro. En la banda sonora empezamos a escuchar la cítara de Anton Karas mientras Martins se acerca. Y, súbitamente, una ventana que se abre arroja luz sobre el rostro de Harry Lime. La música de cítara se intensifica mientras la cámara se aproxima a esa cara que muestra una inescrutable sonrisa magistralmente ejecutada por Orson Welles. En un rápido contraplano veremos a un Martins estupefacto que no da crédito a sus ojos al ver al amigo que hacía pocos días había sido enterrado en el cementerio. Harry Lime no está muerto. La luz se apaga y el personaje se da a la fuga. Esta primera aparición de Welles ya muy avanzada la historia está considerada como una de las mejores presentaciones



La inescrutable sonrisa de Orson Welles.



La noria del Prater.



Huyendo por las cloacas.

de un personaje en la historia del cine.

Más adelante, el ajuste de cuentas entre los dos amigos vendrá a darse en uno de los sitios más emblemáticos de Viena, El Prater, un parque de atracciones que cuenta con una rueda de la fortuna (“noria gigante”) cuyas cabinas se elevan hasta una altura de 64 metros. Desde esa elevación se puede disfrutar de una vista panorámica de la ciudad y sus alrededores. Es justo aquí donde Harry Lime intenta convencer a Holly Martins para que se una al negocio de robar penicilina a los hospitales militares para introducirla en el mercado negro a grandes precios. Sin embargo, para aumentar las ganancias, Lime adultera el producto y ello ocasiona la muerte de personas inocentes, muchas de ellas niños. Frente al cinismo y amoralidad de Lime, Martins no puede sino repudiar el ofrecimiento.

La secuencia más famosa de la película tal vez sea la de la persecución final de Harry Lime, rodada en la Viena subterránea, en la amplia red de alcantarillado de la ciudad. Es por estas cloacas por las que trata de escapar una vez más de la policía. Durante varios minutos el contrabandista es perseguido por los laberínticos drenajes, haciéndose uso de una rica conjugación de sonido (pasos que resuenan, el murmullo de las aguas, la respiración agitada de los personajes) y fotografía (efectos de luces y sombras que generan una atmósfera amenazadora). Estas alcantarillas se transforman en una metáfora de la Viena corrupta de la postguerra. Me divertí saber que Orson Welles no aguantó mucho tiempo los malos olores de millones de aguas residuales que circulan por las cloacas y exigió que un doble filmara la mayor parte de las escenas.

La mía fue una visita muy breve a la otrora capital del imperio de los Habsburgo y me dediqué a visitar los sitios turísticos de mayor interés. Primero, el palacio de Schönbrunn, el cual está situado en una colina desde donde se puede apreciar toda Viena y en donde, por cierto, tuvo lugar en 1790 el legendario duelo pianístico entre Mozart y el italiano Antonio Salieri. Estando en Viena, además, es obligada una visita a los palacios de Belvedere, en cuyo museo se encuentra una de las pinturas más famosas del mundo, “El beso” de Klimt realizado en 1907-1908. De este mismo pintor austriaco, quien es todo un ícono de la ciudad, pude apreciar en el Burgtheater (Teatro Nacional) un excelente conjunto de pinturas con temas teatrales que el artista plasmó en los paneles de la escalera principal y en los techos. Del mismo modo, todo turista que se respete no puede dejar de ir al Café Central a deleitarse con una tradicional “Schnitzel” (chuleta de ternera) y una rebanada del célebre “Sacher” (pastel de chocolate vienés). Por otra parte, no pude ver el penacho de Moctezuma porque el museo estaba cerrado por remodelación.

Sin embargo, al estar en Viena, no pude dejar de pensar en *El tercer hombre*.



Hasta los tímpanos

Obsolescencia musical

Eréndira Cortés



De un tiempo para acá me he preguntado ¿tendremos edad para la música? La industria suele destinar sus producciones a cierto tipo de público, por otra parte, creo que los gustos de cada oyente se van transformando a lo largo de su vida.

En los primeros años absorbemos todo tipo de ritmos, a veces nos encajonan con canciones monótonas —tuvimos suerte los de la generación de Cri Cri—, actualmente hay mucho más, la cuestión es encontrarlo. Vamos creando nuestra biblioteca musical con lo que se toca en casa, en la calle, con las amistades.

Entrar a la escuela es acceder a nuevo contenido, lo que escucha el grupo de amigas o amigos, lo que ponen en las clases. A esa edad algunos comenzamos a perfilar nuestro gusto, a veces por moda, otras por convicción. Son los primeros momentos del fanatismo, como modelo a seguir o por amor platónico. Quizá el punto decisivo en que uno se deja llevar por el rebaño o decide hacer una diferencia, o ambas.

Juventud es sinónimo de mis reglas, mis gustos, mi música. Significa encontrar en esas bocinas o audífonos un espejo, un igual, un gurú, supuestas verdades, posibles respuestas. Significa también un escondite o un escape, un modo de afrontar realidades. Significa la posibilidad de abstraernos de cualquier lugar, de soñar, de afianzar amistades, de cortejar a el o la que me gusta. Son los años en

que las canciones se impregnan en la memoria con la misma intensidad que la de nuestro andar.

Luego algo sucede, empieza uno a creer que la juventud tiene fin, nos enfrentamos al mundo adulto, ponemos la atención en los miles de pendientes y problemas, en querer alcanzar ciertas metas. Nos acompañan las piezas clásicas que han formado parte de nuestra colección, pero también esa sensación de estancamiento, de que lo nuevo ya no es como antes. Sin darnos cuenta la novedad se va volviendo simple recuerdo y un día ya no sabe uno qué escuchar. Tal vez el oído se acostumbra, la memoria se satura y procura no dejar espacio para más.

Será que inevitablemente vamos a convertirnos algún día en nuestros padres o abuelos, será que escucharemos lo mismo de siempre o seguiremos buscando, ¿encontraremos la manera de abrir nuestra mente a la música de ese lejano o cercano presente? No llego todavía a ese nivel, sin embargo, mis músicos preferidos van envejeciendo, otros ya murieron y los algoritmos en ocasiones limitan las posibilidades.

Desearía tener un mapa donde pudiera escuchar melodías de cada lugar del mundo con sólo un click. Mientras eso llega a existir seguiré confiando en las recomendaciones de persona a persona. Por eso, si es tan amable, plásmeme aquí su nuevo grupo favorito, su canción del momento, lo que sea con tal de no perderme en las edades de la música.

Tecnocultura

Jugando con Arts & Culture

Herles Velasco

Una de las pocas plataformas culturales que ha sobrevivido a lo largo del tiempo (que en los mundos digitales tampoco se puede hablar de “décadas”) y que además ha evolucionado para bien, en cuanto a la oferta que ha venido ofreciendo, es sin duda Arts & Culture, que siempre que hablamos de ella en este espacio es siempre por esas novedades que van incluyendo y que suelen ser llamativas. Recordemos que esta aplicación y página web fue lanzada apenas en 2011 con el auspicio del Google Cultural Institute; originalmente la aplicación ofrecía apenas poco más de mil obras plásticas, en altísima resolución (7 mil píxeles), provenientes de 17 museos repartidos en América, Europa y Asia; hoy ese proyecto original ha crecido hasta abarcar la obra de más de mil museos de todos los continentes con visitas virtuales por salas y pasillos conservando la posibilidad de acercar al espectador las obras a una distancia que la experiencia presencial no podría igualar.

Hace unos días en su página oficial: <https://about.artsandculture.google.com/>, los desarrolladores anunciaron una nueva actualización que incluye una serie de juegos que tienen toda la intención de hacer más llevadero este eterno encierro a causa de la pandemia global, una serie de juegos que van más allá del mundo de la plástica (tema principal de Arts & Culture) y se mueve en terrenos más generales de la cultura.

“¿Qué vino primero?”. Es un juego de trivia en el que se presentan dos elementos o situaciones aleatorios en los que simplemente hay que adivinar cuál fue primero en la historia, el tiempo juega en contra para sumar puntos. Parte del objetivo es despertar la curiosidad del jugador, ya que le permite

profundizar en la obra en cuestión a través de un clic.

“Crucigrama Cultural” tiene esa capacidad, que suelen tener los crucigramas, de hacer preguntas sobre temas a veces muy complejos y a veces muy simples, con la ventaja de que el formato digital permite que la app nos revele alguna pista. Como en el caso anterior, tiene la intención de que el jugador descubra más sobre los temas en cuestión sin salir de la aplicación.

“Fiesta de rompecabezas” abre la oportunidad de jugar con la obra plástica de, por ejemplo, Warhol o Vermeer, con el plus de que se puede jugar de manera colaborativa y con niveles de dificultad (lo que implica aumentar el número de piezas); hay más de 500 obras para jugar con ellas.

“Rompecabezas visual” le da al clásico rompecabezas una vuelta de tuerca ya que, como su nombre lo indica, se trata de relacionar imágenes que tienen que ver con un tema en particular, por supuesto los temas se cruzan en algunos momentos; de nuevo, con un clic, el jugador descubrirá más datos sobre las imágenes.

“Libro de arte para colorear” ofrece al usuario la posibilidad de cambiar radicalmente esos Girasoles de Van Gogh, pero también algunos puntos de referencia importantes a través de Street View.

Arts & Culture es el referente de lo que debería ser una aplicación dedicada a estos temas, cuesta no compararla con las de otras instituciones públicas o privadas que no le han dado al clavo en cuanto a ser un atractivo para la gente; una aplicación sin acartonamientos, llena de información interesante, lúdica y con una calidad visual importante.

herles@escueladeescritoresdemexico.com



VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Don Pedro “El Santo”

Don Manuel Sánchez Silva

(15 de febrero de 1959)

A mediados de la acera que da al norte de la calle Guerrero y en el tramo limitado por las calles Álvaro Obregón y Filomeno Medina, vivió durante muchos años un zapatero remendón llamado Pedro y mejor conocido por el apodo de *El Santo*.

Ocupaba una modesta casa de don Victoriano Llerenas, que era dueño de numerosos inmuebles ubicados en esa calle, y sus clientes y vecinos tenían la mejor de las opiniones respecto a la laboriosidad infatigable y devoción religiosa del humilde artesano, que pasaba todas las horas del día y hasta de la noche en su silla de asiento, formada con tiras de cuero, dedicado a poner “medias suelas”, cambiar punteras, poner ojillo o coser a mano, y luego clavetear las suelas “corridas”.

Su vivienda era insuficiente para la numerosa y cada vez más creciente familia que, para su mala suerte, formábanla sólo mujeres, incapaces de llevar mayores arbitrios al pobre hogar, lo que obligaba al zapatero a trabajar sin descanso para sostener a su abundante prole.

Componíase la casa de dos pequeños cuartos, uno con acceso a la calle y el otro interior, que desembocaba en un reducido corredor, utilizado como cocina, comedor, dormitorio y hacinamiento de “tiliches”. No había pisos y la familia se movía sobre la tierra endurecida a base de regadas y barridas.

Por todo mobiliario, *El Santo* y los suyos disponían de un cajón de petróleo, sostenido sobre cuatro “zancos”, y en el cual se contenían las escasas herramientas, se cortaba el cuero para los remiendos y se guardaba la botella de la “tinta de hierro”, con la que el zapatero embadurnaba las pieles, que despedían el nauseabundo olor que es de imaginarse. Dos o tres sillas, otros tantos camastros y una mesa de ocote, completaban el menaje.

—¿Por qué no usa otra pintura, don Pedro? —le preguntaban con frecuencia los clientes.

—Porque no hay nada mejor que la tinta de hierro. La piel se rompe o se acaba, pero nunca se destiñe.

¡Y no quedaba otro remedio que resignarse a semejante pestilencia!

Con una puntualidad de cronómetro, *El Santo* asistía a la misa de seis en el templo de La Sangre de Cristo, donde los demás fieles podían verle hincado en el acto religioso, con las facciones en éxtasis y los brazos en cruz durante el Evangelio. Jamás llegó a faltar, siendo el primero en penetrar a la iglesia y el último en salir de ella, dirigiéndose inmediatamente a su morada para iniciar las labores del día.

Por los años de 1914 a 1916, don Pedro representaba unos 40 otoños. Era de estatura mediana y delgado, cargado de espaldas, calvicie prematura, nariz caída sobre unos bigotes ralos y lacios, que mal encubrían su boca de labios gruesos y sensuales, que constituían la característica más destacada de su fisonomía.

Tenía el taller en la primera pieza de la casa, que invariablemente permanecía con la

puerta entornada y los clientes que lo visitaban para encargarle o recoger algún trabajo podían atisbar por la puerta de comunicación con el otro cuarto, en el que movíanse los

familiares, mujeres sucias de todas las edades, que iban y venían en el ajetreo natural de las faenas hogareñas.

Con extraordinaria frecuencia, aumentaba la familia con el advenimiento de un nuevo vástago de don Pedro, que filosóficamente se limitaba a comentar:

—Que se haga la voluntad del Señor...

Y continuaba imperturbable remendando zapatos viejos.

Sin embargo, la buena fama de que disfrutaba en el barrio como hombre piadoso, ordenado y trabajador, empezó a resquebrajarse al caer a la cuenta los vecinos de que los nacimientos se sucedían dentro de una cronología reñida con los términos naturales de la natalidad. Se iniciaron las murmuraciones y, entonces, hubo quienes pusieran en duda la honorabilidad de las hijas mayores de *El Santo* y a éste le imputaron estar solapando el libertinaje de aquellas “perdidas”, que seguramente lo hacían partícipe de los dineros malhabidos. Otras gentes, más tolerantes o más ingenuas, siempre impresionadas por la bíblica aureola patriarcal que circundaba a don Pedro, salían en su defensa:

—Es tan bueno el pobre hombre y tiene que trabajar tanto para mantener a su familia, que no dispone de tiempo ni de coraje para reducir al orden a sus hijas descarriadas, optando por encubrir sus desvíos, haciendo pasar por suyos los frutos de las faltas que aquéllas cometen...

Sin embargo, un día se suscitó un drama doméstico, en virtud del cual quedó aclarado que la verdad era otra: *El Santo* que nunca salía de su casa como no fuera para ir a la Iglesia a primera hora, el afanoso, humilde y casto operario, era el más extraordinario de los bigamos, pues distribuía sus zapateriles amores entre dos mujeres... que vivían en la misma casa. Y sucedió que por un detalle insignificante, amplificado a través del amor propio, una diferencia de opinión, una pregunta inoportuna o una respuesta imprudente, se desencadenó la violencia y las dos mujeres se liaron primero a injurias y después a golpes. Tomaron pronto partido las hijas de cada una y a los pocos minutos la reyerta se generalizó, resultando insuficiente el área de las habitaciones para campo de batalla, por lo que salieron a la calle las contendientes para cambiar mojicones, arañazos, mordidas y tirones de pelo, mientras *El Santo* corría de un lado a otro, queriendo inútilmente atemperar los ánimos y separar a las rijosas, siempre en nombre de Dios y de todos los santos...

Se presentó la policía, conduciendo a todos los actores a la inspección, y ese mismo día don Victoriano echó de su casa a su inquilino, de quien después se supo que, al salir de la cárcel, se trasladó a Tonila donde reanudó sus actividades de zapatero y su vida de “santo”...

* Periodista, escritor y fundador de Diario de Colima.†



La buena fama de que disfrutaba en el barrio como hombre piadoso, ordenado y trabajador, empezó a resquebrajarse al caer a la cuenta los vecinos de que los nacimientos se sucedían dentro de una cronología reñida con los términos naturales de la natalidad.

Síndrome de Stendhal, o de cuando la belleza nos sobrepasa

Ángel Gaona

Mi proclividad por asistir a los eventos de corte cultural en Colima, me ha llevado a ser testigo de situaciones y momentos dignos de ser compartidos en una crónica. En el 2001 acudí al corte de listón de una muestra que exhibía los trabajos hechos por un grupo de niños avecindados en la comunidad de Zacualpan. La Pinacoteca expuso la producción de ese taller, coordinado por la promotora cultural Angélica Montes. La finalidad del proyecto era, en esencia, acercar a los niños a los grandes exponentes de la pintura universal. Ellos, *motu proprio*, seleccionaron la obra con la que harían su propia versión con los materiales de que dispusieron. Gracias a una coincidencia fortuita, estuve parado al lado del maestro Jorge Chávez Carrillo, figura primordial de la plástica colimense. Lo vi detenerse a contemplar la interpretación del “Desnudo azul II” de Henri Matisse, una litografía realizada con recortes de papel, montados sobre uno blanco.

El maestro aún caminaba

por su propio pie, y aunque algo encorvado, se inclinó para ver más de cerca uno de los trabajos, fijando su mirada en los detalles. No puede sustraerme a la escena, atento, me detuve a contemplar al artista, absorbió en el *cut-out* o *gouache découpée*, realizado por uno de los niños participantes. De pronto noté cómo sus ojos se humedecieron, emocionado, presencié la reacción del maestro, conmovido hasta las lágrimas ante esa innovación emblemática de la plástica moderna, reinterpretada por un infante zacualpeño. Luego de esto, Chávez Carrillo, apoyado en su bastón, continuó su recorrido.

Atestigué el episodio, sin la conciencia de asociar ese arrobamiento, a lo que se conoce como: síndrome de Stendhal, y de que algún día escribiría acerca del suceso, para contar, lo que provocó esto, en un hombre que vio las grandes obras de la plástica de todos los tiempos: el asombro frente a la obra del afamado francés, en la versión ingenua y desprovista de prejuicios, de un niño de Zacualpan.



Mi mejor paisaje, ella

Yunuén Cuevas

*Mi vida se transformó con
tu vida misma Princesa Tibetana*

Ella que tan pequeña en mis brazos dormía
con canciones de cuna retumbando en las paredes,
se ha convertido en mi mejor paisaje.
El tiempo y espacio no son suficientes para admirarla.

Sus palabras, nombraban las cosas,
de todas las formas posibles menos por su nombre.
Ahora pronuncia sus propias lenguas,
inventadas de sus propios mundos y yo sonrío.

Sus manos que acariciaban mi piel
hoy se aferran a las telas, como a la vida misma.
Mientras mi alma pende de los mismos utensilios
que la hacen volar, agasajando a mi ser.

Sus ideas revolucionan su mundo,
el mío y el de un par de personajes más.
Delinea nuevos paradigmas sobre sus alas
y vuela hasta caer rendida en mis brazos al anochecer.

Ella que ha sido presa de la metamorfosis inevitable,
se sumerge en las aguas de incertidumbre de este universo,
voltea y me sonrío, yo sonrío de regreso
mientras preparo el lecho para cuando desee volver.
Su mejor admiradora, yo.

Botas de ferrocarril

Miguel Ángel León Govea

Entonces tomó sus botas de ferrocarril para crear la imaginación del mundo: los puentes son la fotografía de un gran salto sobre los ríos; los túneles son el espacio para soñar de día. *Amarra bien los cordones para que no tropiece tu existencia. Mantén la piel lista para el polvo para cuando emprendas el regreso. Limpia tus botas de ferrocarril, para que cumplas con claridad el horario de tu vida.* Entonces miró profundo y se convirtió en el asiento vacío de todos los pasajeros de este viaje. Y llenó de historias el lugar donde las personas guardan

A: Z-I su asiento vacío, porque las vías ferroviarias están diseñadas a partir de la estructura del recuerdo. Besó, dijo hola, murmuró a dios; lloró dos veces ante



la ventana, contemplando los bosques mientras los bosques del mundo se consumían en la caldera. Le gustaban las estaciones que coincidían con la primavera y el invierno. Siempre soñó tomar un tren y bajarse dos estaciones después, pero del año.

Y nunca, nunca más se quitó sus botas de ferrocarril. De sus huellas quedan las palabras, queda su memoria como ecos de silbatos. De los besos queda un dulce hollín, porque el fuego más preciso existe después de los incendios. Y la vida es una locomotora donde se incendian las palabras.

Una nueva primavera

Norma Navarrete

Ayer corrimos juntos

Ignoramos el mañana.

Desconocíamos pandemias.

Solíamos ir juntos a un parque

A contemplar a una estatua de nariz rota.

La cual contemplábamos por las noches.

Mientras las hormigas la rodeaban

En trenzas que ejercitaban nuestras palabras.

Para despedirnos.

Nos volvimos a ver.

El otoño se queda suspendido.

Se hizo triste bajo nuestros pasos.

No había más cama de hojas

Ni semblante de juego.

Solo miradas frías,

En busca del porqué de todo.

Perdimos la sorpresa

De saber que las cosas no se planean.

Y los encuentros son una pequeña araña

Que se anuda en nuestros cabellos

Para justificar nuestro saludo.

A punto de cruzar una nueva primavera.



A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)
XVII

Monarca de las sombras

Ramón Moreno Rodríguez*

Para nosotros, los mexicanos de ahora, Moctezuma nunca ha sido una regia figura en pleno, sino apenas su sombra, a diferencia de Cuauhtémoc, a quien lo concebimos como un monarca de la luz. Esto es así por el aparente desánimo con que enfrentó la invasión de los extranjeros. Como ya dijimos, no debemos interpretar esta especie de pasividad como dejadez o temor; o no del todo, sino planeación, medición de las posibilidades del otro y de las propias. Pero también hay otras dos cosas que lo obnubilan ante nosotros aparte de la supuesta dejadez: es el desconocimiento de su persona (y de su mundo) y el no haber estado a la altura de los acontecimientos que lo violentaron; esperábamos más de él. Siempre es así, siempre esperamos más de los otros, por eso nos decepcionan.

¿Estos tres elementos hacen de él un personaje trágico? Sí, sin duda alguna, Moctezuma es un personaje trágico. También hay que decir que la opinión en nuestro país está muy dividida. El espectro es muy amplio; los extremos están en los que lo idealizan y los que lo vilipendian. Y dentro de cada uno de éstos hay múltiples matices. Imposible hablar de todos, permítame el amable lector quedarme con una idea, que trataré de desarrollar en este breve espacio de dos o tres cuartillas.

Digamos que la condición de Moctezuma, en el contexto en que estamos hablando, se puede mezclar y confundir con otras dos categorías que se suelen usar cuando de su persona se habla; por ejemplo, se dice que es un personaje trágico, o personaje dramático, o heroico, incluso, mártir. Todos ellos aportan matices interesantes para ser discutidos; en particular, el último es muy polémico porque tiene que ver con el autosacrificio, idea harto cara a los antiguos mexicanos, pero basta. Quedémonos con que es un personaje trágico.

Desde el punto de vista de lo literario, el dramaturgo mexicano Rodolfo Usigli escribió muchas páginas respecto de la condición de lo trágico y de su escenificación. Escribió tres tragedias sobre personajes relativos a nuestra historia y nuestra identidad: Cuauhtémoc, la emperatriz Carlota y la Virgen de Guadalupe y Juan Diego. Lo primero que hay que decir es que la figura trágica del héroe es la de un protagonista que ya ha desaparecido. Dicho de otra manera, los protagonistas trágicos sólo pueden ser aquellos monarcas o personajes dirigentes de su pueblo en la antigüedad clásica griega. Jasón, Electra, Agamenón, Edipo, pueden ser y son personajes trágicos, pero nuestro tiempo no puede producir figuras trágicas. Zapata, Churchill, Gorbachov, Adolfo Suárez, Bin Laden, no pueden encarnar esta imagen.

Es complicado explicar en este breve espacio por qué es así, quedémonos con esta idea como un punto de partida para el análisis y acéptese este principio que tendría que ver con la anacronía. Edipo, por estar tan lejos de nosotros y responder su realidad a una tan disímil a la nuestra, sí puede ser un personaje trágico, pero Zapata no, porque sería anacrónico verlo enredarse en la hbris griega para precipitarse al vacío

de las desdichas.

Por su parte, Octavio Paz, sin citar a su maestro Usigli, acepta este principio en su libro *Las trampas de la fe*, pero además, sostiene que la condición trágica de su personaje (Sor Juana Inés de la Cruz) radica en su caída. Digamos mejor que hay en Sor Juana ciertos elementos de su vida (de su repentina muerte) que son trágicos por la manera en cómo se dieron y por la forma en cómo los enfrentó. A sabiendas, se entregó al vértigo del precipicio; el resultado fue la caída. Ella fue como Ícaro, que no entendió la advertencia de que podía caer en el vacío y su temeridad, su confianza en ella misma (acaso la imprudencia), le costó la ignominia primero y la muerte después.

Con Moctezuma tenemos con certeza uno de los dos elementos: la caída desde lo más alto hasta la llegada a lo más bajo y la muerte ignominiosa; el segundo elemento, la temeridad,

no lo sabemos, parece que no. No obstante, aunque sólo poseamos la mitad del binomio es motivo suficiente para dotar al personaje de su condición trágica.

Caer desde lo alto de la cumbre del poder, el hecho de ser una especie de dios o semidios al que no se está permitido verlo al rostro, a cuya presencia había que llegar descalzo y con ropajes sucios y raídos como señal de máximo acatamiento; y luego saberlo precipitado hasta el más bajo de los pestilentes albañales, asesinado y vituperado por todos, es muestra de un vertiginoso viaje a la desdicha que hasta el más duro corazón se acongojaría.

Hay ocasiones en que el personaje que cae se vale de medios ilegítimos para alcanzar el poder, y así, cuando se precipita en la desdicha, la reacción moral del espectador es: se lo merecía. Así le sucede al espectador con la tragedia de Ricardo III de William Shakespeare; la ambición ciega al rey y los medios ilegítimos en cómo se hace coronar lo hacen ver como un ser que se despeña en el vacío como castigo por su atrevimiento y su inmoralidad (lo mismo sucedió con Agustín de Iturbide). En otros casos, la entrega

es generosa y se asume el costo de la desdicha por el bien de la comunidad, tal es el caso de Prometeo o de Miguel Hidalgo.

Además, agregue el lector que con Moctezuma nos conmovemos (aunque ignoremos muchos resortes del poder que lo encumbraron y que luego lo lanzaron a la bafa sangrienta), porque tendemos a tener simpatía por el débil. Y Moctezuma en esta representación era el débil, al que ya veíamos derrotado, y por el contrario, mirábamos triunfante al portador de la ignominia, la mentira, la simulación, el abuso, la hipocresía. Todo ello hace que el público compungido vea con simpatía al defenestrado monarca, aunque su persona esté rodeada de misterio y sospechas.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com





Filosofía de la pendejez (Última parte)

Leopoldo Barragán Maldonado

*¿Qué dosis de verdad
puede soportar el hombre?*
Nietzsche

Basta un brinco de ortóptero para filosofar, ya se trate de que el insecto no pueda posar dos veces sobre la hoja de la misma milpa, que trate de encontrar el modelo de la acrididad en el mundo de las ideas, o intente establecer como principio de su método ‘grillo, luego soy’. La filosofía, es decir el filosofar, nace, crece, se reproduce y muere, por simple curiosidad. Utilizo la palabra ‘curiosidad’ en su sentido etimológico, como el deseo de saber e investigar, y hasta en la connotación de asepsia, porque el filosofar también es un acto de higiene mental. ¿Acaso Bacon y Vico, no ‘sanitizaron’ –por emplear esta palabrita de moda– los métodos de la incipiente investigación científica?

Repasemos a Bacon, en dos tiempos: primero, “el entendimiento humano, es respecto a las cosas, como un espejo infiel, que, recibiendo sus rayos mezcla su propia naturaleza a los de ella, y de esta suerte los desvía y los corrompe”; segundo, “todo hombre, independientemente de los errores comunes a todo el género humano, lleva en sí cierta caverna en que la luz de la naturaleza se quiebra y es corrompida”. Trasladando las reglas baconianas al campo antropológico, de manera especial a la cuestión de la estupidez, creo que el canciller nos está diciendo ‘no dejes lo pendejo para todos, agarra tu parte’.

Esta brevísima alusión baconiana que nos sirva de gel antibacterial para esterilizar el entendimiento de los prejuicios que lo ensombrecen. Cuando Miguel F. Sciacca publicó *El oscurecimiento de la inteligencia* (1973), advirtió: “pocos escritores se han ocupado ex profeso y, a mi creer y entender, ninguno ha hecho de ella objeto de meditación filosófica. Creo que esto depende del hecho de que la estupidez no hace excepción con ninguno... es un espejo en el que nadie quiere reflejarse para evitar verse obligado a dolorosas e incluso envilecedoras confesiones; ‘espaldas al espejo’ es el imperativo de nuestra estupidez radical”.

Así pues, en el controvertido universo del filosofar existen temas que captan nuestra atención, su poder de atracción no sólo radica en los detalles de la cotidianidad, por más sencillos que éstos sean, sino al mismo tiempo en la complejidad que de ellos surge. Si todavía se mantiene el ideal romántico de que la filosofía es una perla, entonces es necesario que todo aquel que se aventure a nadar sobre sus aguas, tenga que sumergirse, pues, no hay superficie sin profundidad. En términos filosóficos superficie y profundidad, son correlativos.

Los diversos entornos en que desplegamos nuestras acciones, así como los diferentes escenarios públicos donde interactuamos con los demás, e inclusive en los espacios privados, son campos por donde el corcel del libre albedrío cabalga a rienda suelta. Como el auriga que describe Platón en el *Fedro*, en todo acto, en cualquier decisión, intentamos controlar el galopar de los potros de la racionalidad y la irracionalidad. ¿Pero, qué sería de nosotros si nos dejáramos guiar por el caballo de la racionalidad? Un cementerio estaría de fiesta ante la petulancia de la racionalidad. Por algo el gran Erasmo de Rotterdam, en su *Elogio de la locura*, describe: “para que la vida

no fuera triste y amarga, ¡cuánto mayor lugar dio Júpiter a las pasiones que a la razón; lo que va de media onza a una libra. Por eso, relegó aquella a un pequeño rincón de la cabeza, mientras que llevó el desorden a lo restante del cuerpo y, además, le puso dos tiranos violentísimos: la ira, que colocó junto al corazón, fuente de la vida, y la concupiscencia, cuyo dilatado imperio se extiende hasta un poco más abajo”.

No conozco cochera alguno de la razón, ¡ni siquiera los ángeles son pura racionalidad! Si estas substancias espirituales también cometieron estupideces, como el soberbio de Luzbel, que pretendió ser igual que el ‘Altísimo’ (Isaías 14,12-15); cuánto más haremos los pobres mortales. Señala Sciacca: “cada uno de nosotros, más o menos, experimentamos cada día la propia y la ajena estupidez... ella es el perejil y también el ‘cemento’, al igual que la hipocresía, de las llamadas ‘relaciones sociales’. La estupidez es omnipresente, infinita como el ser”.

La publicación del artículo *Filosofía de la pendejez*, me permitió intercambiar puntos de vista con varios amigos lectores, algunos de ellos hombres de ciencia, quienes pusieron su granito de arena para enriquecer tan inagotable temática; un condiscípulo de secundaria me comentó que la lectura del texto le había recordado un dicho de su maestro de psiquiatría: “si los pendejos volaran, en México jamás veríamos la luz del sol”; sólo que la estupidez no admite regionalismos, es universal. En el *Elogio*, leemos: “Si ahora me preguntáis cuál es mi patria, os contestaré que no vi la luz ni en la errática isla de Delos, ni en el mar undoso, ni en las profundidades de las cavernas, sino en las Islas Afortunadas, donde todo crece espontáneo y sin cultivo”.

Otro amigo, excompañero de preparatoria, me comentó: “el hombre es como el cangrejo, entre más viejo más pendejo”; nada más que la estulticia tampoco reconoce

edades, ni cabe admitir que a mayor decrepitud, mayor desgracia. Erasmo hace hablar a la estupidez: “Yo, en cambio, devuelvo a los hombres lo mejor y la más feliz de su existencia misma, y si se abstuvieron absolutamente del trato con la sabiduría, y en todas las edades se guiaran por mis máximas, no se harían viejos y gozarían dichosos de una juventud perpetua”.

Otra amiga, mujer de letras, fue enfática y aseguró “yo por eso todos los días me hago pendeja un rato”; excelente terapia, la cual a diario practico con ahínco y determinación como si se tratara de andar en bicicleta, además es cosa sana, porque hacerle al pendejo nos encasilla en uno de los cuatro tipos de personalidades que los cardiólogos relacionan entre el manejo del estrés y los padecimientos cardíacos, haciéndonos menos aprensivos y exigentes con nosotros mismos; afirma Erasmo: “sabido es que los estoicos presumen de ser tan perfectos como los dioses; y yo os digo: dadme uno de ellos... y tened por seguro que si no logro de él que renuncie a sus barbas, atributo de sabiduría... por lo menos lograré que desarrugue el entrecejo y la frente; que abandone por un instante sus dogmas inflexibles y que haga cual o tal tontería o calaverada”.

En lo personal, prefiero mil veces nadar y bucear espontáneamente en las aguas que bañan a las Islas Afortunadas, que naufragar en la Isla de la Utopía, o en la de Trapobana; mejor vivir bajo el hado de Pluto, que ante la tiranía de Pon, Sin y Mor; por eso y mucho más, si quieres días felices, hazte pendejo y no analices.



El problema del caballo, obra de Claudia Fontes.

**En todo acto, en cualquier de-
cisión, intentamos controlar
el galopar de los potros de la
racionalidad y la irracionalidad.
¿Pero, qué sería de nosotros si
nos dejáramos guiar por el ca-
ballo de la racionalidad? Un ce-
menterio estaría de fiesta ante
la petulancia de la racionalidad.**

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

“Está bueno el encaje, pero no tan ancho”

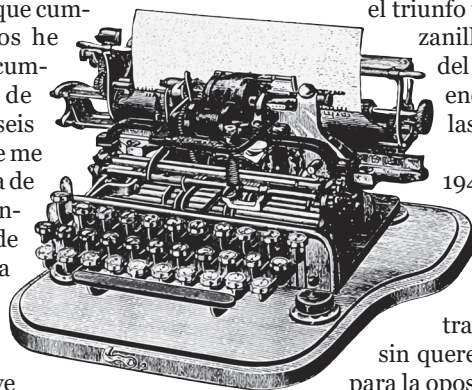
Carlos Caco Ceballos Silva

VERANO 1994. Desde que cumplí mis veintiún años he votado, es decir, he cumplido con mi deber de ciudadano a excepción de hace seis años, que no lo pude hacer porque me fue recogida mi credencial y nunca de los nuncas, a pesar de mi persistencia, me fue devuelta, es decir, fui de los muchísimos “rasurados” en la elección de Salinas.

Han pasado seis largos años y con renovada fe volví a cumplir con los requisitos, y en esta vez tuve la “suerte” de poder hacer uso de mi derecho como lo marca la Constitución. A la señora y a mí nos tocó la casilla del mercado Obregón; todo lo encontré bien, orden y atención, lo único que me pareció mal fue que en la boleta de los presidentes municipales dijera “plurinominales”, así es que con toda ingenuidad yo me preguntaría: ¿Cuál fue la razón de no poner presidentes municipales? Sería para confundir, o un pésimo error de los cerebros tan preclaros de los directivos del IFE. No lo sé.

Han pasado los días, ya que se dieron los informes sobre los resultados de las elecciones, los que en principio me parecen correctos, con la única salvedad de que pienso que hubo mucha diferencia entre la copiosa ventaja del PRI sobre los demás, y como todos son mal pensados y sobre todo cuando ya hemos pasado por eso, lo vemos con un poquito de suspicacia.

Recuerdo que en 1948 que competí como diputado federal por el PAN, en contra del licenciado Solórzano, del PRI, a pesar de tener muchos contactos y muchos conocidos y muchos amigos, no pude alcanzar la mayoría de los votos, pues todos mis amigos y conocidos, a excepción de cuatro, se escondieron el día de las elecciones por miedo a las represalias, por lo que todas las casillas solamente tuvieron representantes del PRI, y todos los miembros de la misma también eran servidores del mismo invencible tricolor. Una “palomita” me platicó al oído que solamente había sacado 760 votos en todo el primer distrito, que comprendía Manzanillo, Armería, Colima, Ixtlahuacán y Minatitlán, por lo que al enterarme de lo anterior acudí a la Comisión Federal Electoral, integrada por mis dilectos amigos Fernando Vázquez Schiaffino y Manuel Ahumada, a platicarles mis puntos de vista, y siendo éstos tan convincentes, que ambos estuvieron de acuerdo en que era bueno que aparecieran más votos a mi favor para darle un poquito más de credibilidad a la elección, y así fue de sencillo como en el cómputo aparecí con mil 903 votos, y mi opositor, el del PRI, con 3 mil 856, ganando yo en tres casillas de las 50 que funcionaron. En las que obtuve



el triunfo fueron en la “Pedregosa” de Manzanillo, la de la “Suerte” en Colima y la del “Club Verde en Tecmán”, las tres enclavadas por mera coincidencia en las barriadas de los burdeles.

Han transcurrido 46 años desde 1948, así es que en este año de 1994, es increíble que el partido oficial por medio de algunos infieles o ignorantes partidarios todavía perjudican a su propio partido, tratando de seguir reinando en el país sin querer dejar el más pequeño resquicio para la oposición. He leído en periódicos quejas y comentarios, desde luego de los opositores,

las que según la documentación presentada parecen bien fundadas y que los abusos han sido tales y cuales empleados o personas conectadas en el sector gubernista, por lo que sería loable tomar muy en serio esas quejas, investigarlas a conciencia y si efectivamente hay bases, declarar nulas las elecciones o bien darle el triunfo al opositor, pues no es correcto ni justo que mientras los altos dirigentes gubernamentales desean por conveniencia y buen sentido, unas elecciones justas que sirvan para ir encaminando al país por la senda de la democracia, gentes que no tienen sentido de la responsabilidad ni del patriotismo, todavía se dediquen hacer “chapuza” con los votos, forma de burlarse de la buena fe de muchísimos compatriotas que entendemos y estamos conscientes que ya es tiempo que se tome en cuenta nuestras opiniones y se nos trate como verdaderos ciudadanos.

Ojalá y todo por el bien de México que comprendan muchos de los que están en el “Candeleró”, que ya es tiempo de algunos o muchos cambios, pues estos son imprescindibles para bien de todos. A muy pocos les agrada la rutina, ver las mismas, los mismos procedimientos y los mismos desplantes, esto es como si nos sirvieran la misma sopa, que usáramos el mismo sombrero, la misma ropa, el mismo postre a la hora de las comidas y aunque todo está sabroso, confortable, llega el momento que en lugar de dulce nos apetece un helado; en lugar de sombrero, mejor cachucha y en lugar de cama, una hamaca estilo Juchitlán; es decir, los cambios son necesarísimos en todos los aspectos de la vida y esas comparaciones deberán metérselas en la cabeza los eternos gobernantes, para tener los súbditos conocidos por ciudadanos más o menos contentos y cuando haya elecciones demostrar una inteligencia no regateando posiciones y triunfos de la oposición, ni fabricando “chapuzas”, porque esto nos hace recordar el divertido dicho campirano: “Es bueno el encaje, pero que no sea tan ancho”. ¿Verdad?

* *Empresario, historiador y narrador.* †

Luna

Noé Ranferi Sampedro Hoyos

Ah, eh ahí la luna san-grándole ríos en los ojos, despertándole dormidas raíces, ramo de voces floreciendo el canto cada tanto, hierven las llagas dolientes del atardecer violáceo, del instante que perdura, hierve la agonía en sueño, agonía del aire hiriendo plumas sucias, miradas desnudas, revuelo incansable sable del vicio de penumbra alegre, deshora enloquecida, enloquecida. Recuerdo la noche en que hubo una mujer en el puente, mirando el río, con su mirada enloquecida que parecía había vivido y muerto alguna vez todo, me dijo: por lo demás no es gran cosa el asunto este de ir muriendo, en dado caso lo sabrías como desde la sospecha, tarde o temprano, el agua siempre es agua y de pronto hay espejos y de pronto es como si se te quebrara el espejo y te quedaras ciego y por la fisura te brotaran sombras tibias con alas de cangrejo, o la sangre de la sangre del espectro en que recae tu existencia en este caso, tu sueño imaginando sueños, instantes, cosas breves, luego, después, quién sabe cuánto, despiertas en medio de la noche mil dos con una sed que no te basta ni de lejos el agua del basto cosmo con sus mares estrellados de soles cada uno, cada tanto, siempre más grande que el anterior, para calmarla. Así con los ojos vamos quebrados cortando el agua aun chorreando sombra y por las fisuras se asoman miradas sin cuerpo y pedecitos filosisísimos por todo el suelo, por toda la noche, vértigo, ah, desde luego siempre, su agonía su enigma brillándole bamboleándole vivísimo en las pupilas de luna quieta en su noche de insomnio, y ceniza, y suciedad y silencio y voces ebrias, cuerpos vibrantes, música eterna, voces y voces.